

# Drama venezolano (I)

POR DEMETRIO INFANTE FIGUEROA, ABOGADO Y EXDIPLOMÁTICO



La Real Academia de la Lengua define drama como "suceso infortunado de la vida real capaz de conmover vivamente" y da como sinónimos, entre otros, a "desgracia, desdicha, tragedia y calamidad". Si analizamos lo que pasa en la vida cotidiana, para que algo pueda ser calificado como drama debe, entonces, contener hechos tales como muerte, engaño, mentira, insulto, heridos, abuso y/o algunos otros de similar gravedad a los mencionados.

En el caso de lo que sucede en Venezuela se dan todos los indicados anteriormente y otros más. Los medios de comunicación, especialmente la televisión, nos otorgan la posibilidad de seguir paso a paso la realidad diaria de dicho país, por lo cual pienso que cualquier cosa que pueda afirmar al momento de escribir estas líneas podría estar obsoleta cuando vea la luz pública. Por ende, prefiero referirme por ahora a ciertos aspectos que, si bien están vinculados con los hechos acaecidos allí, no están directamente relacionados con el día a día. Lo anterior no me impide desde ahora sostener que el causante principal del drama venezolano es el desvergonzado Nicolás Maduro, secundado por un personaje siniestro llamado Diosdado Cabello. Estoy cierto que si su madre hubiera sospechado que este individuo sería lo que ha sido, cuando estaba en la pila bautismal le habría pedido al cura que le pusiera como nombre Diablobado Cabello. El pobre Dios no tiene nada ver con este delincuente.

Lo primero que merece ser destacado con letras mayúsculas es la conducta del Presidente Gabriel Boric y la de su canciller, Alberto van Klaveren. Debo aclarar que no voté por el actual Primer Mandatario. Una vez terminado el proceso electoral venezolano, el Jefe de Estado reaccionó de inmediato de acuerdo a la tradición impuesta por quienes han ocupado previamente el sillón presidencial. Estando incluso en el extranjero en visita oficial, fue muy claro al indicar que Chile, de acuerdo a su tradición democrática, reconocería como válidas las elecciones habidas en Venezuela una vez que se hubiera comprobado que estas habían sido limpias y que existirían elementos suficientes pa-

ra estar ciertos que se habían respetado los derechos cívicos de la población. Debe haber sido el primer Jefe de Estado que estableció públicamente esas condiciones. Lo actuado por el Presidente Boric respondió a las más antiguas tradiciones diplomáticas del país y su conducta honra a Chile y a él mismo. Sabía que su pronta reacción le acarrearía problemas en su combinación de gobierno, pero asumió el riesgo y estuvo dispuesto a pagar las consecuencias de su quehacer. Los chilenos debemos sentirnos honrados por la conducta inequívoca del Jefe del Estado. Por último, la forma expresa y categórica en que respaldó a Van Klaveren es algo no habitual. Que recuerde, el único que previamente había actuado de una manera similar fue Eduardo Frei Ruiz-Tagle, cuando siendo Presidente públicamente dijo: "Quien ataca a mi canciller José Miguel Insulza ejerce ese cargo-me ataca a mí".

En cuanto al ministro de Relaciones Exteriores, su quehacer ha puesto de relieve su per-

sonalidad. Como lo he dicho en otras ocasiones, lo conozco hace más de cuarenta años y siempre ha sido igual: sereno al pensar, tranquilo en su acción y fiel a sus principios al actuar. Para él, como ser humano, Venezuela tiene una cercanía especial, ya que el escritorio que ocupa a diario es el mismo en que trabajaba el padre de la diplomacia chilena, don Andrés Bello. Todos los dichos del canciller, tanto en la forma como en el fondo, han obedecido a la inspiración de ese brillante chileno-venezolano. Sobre todo su firme respuesta a Maduro cuando este tuvo la osadía y la insolencia de decir que Chile era un país donde se había entrenado a guerrilleros. Me hizo recordar aquello de que el ladrón cree a todos de su misma condición. Como parte de la familia diplomática de Chile, me siento orgulloso de que la Cancillería esté a cargo de Alberto van Klaveren.

Los últimos hechos destacables respecto de Venezuela acaecidos recientemente son la declaración de Estados Unidos en orden a que para reconocer

el resultado de los comicios entregados por Maduro, tiene que tener a mano copia de los documentos oficiales que acrediten que las elecciones fueron limpias. Es más, el Departamento de Estado ha señalado tener en su poder copias de aquellos, los que dan fe de que a lo menos del 80% de los votos emitidos el resultado muestra una amplia derrota de Maduro. Claro que debe considerarse que al dictador venezolano poco le debe importar la opinión de Washington, pues ya ha usado contra el país del norte todos los calificativos negativos que el diccionario permite. Para él, "los gringos"-como los llama-son los causantes de todos los males existentes en el mundo y de los que pueden venir en el futuro.

Pero ese desprecio a los dichos del secretario de Estado conlleva un elemento que es indispensable que Caracas tenga presente. Estados Unidos es parte de la OTAN y tiene vinculaciones muy especiales con Europa Occidental, por lo que lo que allí se dice repercute en

forma sustantiva al otro lado del Atlántico. Maduro no puede darse el lujo de ignorar aquello.

Un segundo hecho digno de mención es la declaración formulada por los gobiernos de Brasil, Colombia y México en orden a que ellos también requieren poseer una demostración documental sería que acredite que Maduro ganó los comicios. Mientras ello no acaezca, se abstendrán de reconocerlos como válidos. Este acuerdo tripartito debe haberse estado "cocinando" hace ya algún tiempo y explicaría el porqué los dos primeros se abstuvieron en la votación de la OEA respecto a las elecciones venezolanas y el tercero no asistió a la sesión. El haber sido parte de la mayoría les habría restado la posibilidad de acercarse a Maduro para intentar un diálogo. De los tres países mencionados, al que personalmente otorgo mayor trascendencia es a Brasil, no sólo porque su actual gobierno tiene una posición más de izquierda que el resto, sino porque además

comparte con Venezuela una frontera muy amplia. Por otra parte, Brasilia, siguiendo su tradición, debe pretender dejar constancia de su impronta en un hecho tan relevante como este en el quehacer continental. En lo personal y por mi experiencia como exembajador en Brasil, Celso Amorim, un diplomático de carrera ampliamente reconocido en Itamaraty y en el resto de las cancillerías del mundo, que ejerció como ministro de Relaciones Exteriores en los dos períodos consecutivos del Presidente Lula y que hoy es el asesor presidencial que ocupa la oficina contigua al Jefe de Estado, otorga plenas garantías de seriedad a una posible salida de este asunto tan engorroso.

Cuando el Jefe de Estado lo designó como el veedor brasileño en los comicios venezolanos, envió a Caracas a un hombre serio, inteligente, de su absoluta confianza, de gran prestigio en el mundo entero y que tiene muy en claro la pretensión brasileña de mantenerse como líder continental. Fue un nombramiento que posiblemente Maduro no consideró en todo su significado, pues Amorim no iba a prestarse para avalar comicios amañados. Celso debe haber diseñado una estrategia que intentara no enojar a Caracas, por ello no participó en el acuerdo de la OEA ya mencionado, pero junto con eso fue capaz de mantener la tradición internacional de Brasil al asumir la responsabilidad de hacerse cargo de los intereses argentinos en ese país-cosa que no debe haber gustado a Caracas- y buscó acciones que destacaran a Brasilia en el tema, haciendo, por ejemplo, que Lula hablara directamente con el Presidente Biden sobre lo que sucedía en Venezuela. Muy bien Amorim.

Por el bien del continente, de Venezuela misma y en especial de Chile-además del tema de regularizar nuestros contactos con Caracas y al mismo tiempo evitar otra inmigración masiva de venezolanos-es de esperar que las diversas acciones que están adoptando distintos países-en especial Brasil, Colombia y México-sean la luz al final de este oscuro túnel. Claro que con Maduro siempre se corre el riesgo que esa luz en vez de ser realmente la del final del túnel sea la de una locomotora que viene a atropellarnos. ☞